
LA CIENCIA POLÍTICA EN SU ENCRUCIJADA

Entrevista con David Easton

César Cansino

De las diversas propuestas teóricas dentro y fuera de la ciencia política que en los años sesenta tomaron parte en el debate sobre el lugar y el papel de la teoría política, la teoría sistémica propuesta originalmente por David Easton ha sido una de las más influyentes. Asimismo, el concepto eastoniano de sistema político se convirtió en poco tiempo en la unidad de análisis más omnicompreensiva empíricamente. En ciencia política, la primera y única teoría del sistema político fue la formulada por Easton a mitad de los años sesenta.

No hay duda de que el enfoque sistémico de Easton alcanzó mucho éxito en la ciencia política. Hubo un momento a la mitad de los años sesenta e inmediatamente después de la publicación en 1965 de los dos famosos volúmenes de Easton: A Framework for Political Analysis y A System Analysis of Political Life en que el "sistema político" era presentado como el paradigma que estaba volviéndose dominante en la disciplina. Además, en el curso de los años sesenta era realmente frecuente la referencia a la teoría sistémica, al menos en forma de citas, declaraciones de adhesión de diversos autores y alguna que otra aplicación empírica.

La importancia que asume el sistema político como unidad de análi-

sis fundante de la disciplina o bien como elemento en grado de fijar la identidad de la ciencia política, es evidenciada por el hecho de que se vuelve elemento central de la definición misma de la política e, indirectamente, de la ciencia política. Cabe recordar que para Easton, el sistema político es “un conjunto de interacciones abstraídas de la totalidad del comportamiento social a través del cual los valores son asignados autoritativamente en favor de una sociedad”.

De su propuesta teórica ampliamente discutida por diversos autores se pondría en evidencia la división tripartita del sistema político (régimen político, comunidad política y autoridades) y algunas otras nociones clave susceptibles de aplicación empírica. Cabe señalar que este concepto está en línea con posiciones estructuralistas o funcionalistas. Detrás de las nociones de conjunto y de interrelación existen roles, estructuras, procesos y explicaciones causales, no individuos y acciones con motivaciones para comprender.

Easton ha aclarado que la función de una teoría general es guiar la investigación empírica, retomando aquello que ha sido descubierto y sugiriendo nuevas investigaciones, también en el sentido de incentivar la creación de nuevas informaciones sobre diversos fenómenos.

El discurso de Easton puede ser considerado válido aunque no nos encontremos frente a una teoría general, en sentido estricto, sino a un concepto-clave como el de sistema político, con importantes consecuencias para la investigación. Sin embargo, la conciencia de la utilidad de una noción teórica general, no obstante vaga, permanece; y en este sentido permanece también el espacio para un concepto como el de sistema. Pero sobre todo permanece la conciencia de la importancia de las interdependencias —aunque no en su versión más extremista— de las partes que son definidas solamente por sus relaciones y por la totalidad. En ello reside quizá la principal contribución de Easton a la ciencia política.

El objetivo de la presente conversación con Easton es discutir la suerte que su propuesta teórica tuvo en los años subsecuentes a su formulación así como las razones de su impacto inicial. Asimismo, se reflexiona sobre el presente y el futuro de la ciencia política.

En un libro de 1965, A Framework for Political Analysis,¹ usted propuso la primera y hasta la fecha única teoría empírica general de la política: la teoría sistémica. Con el tiempo, el impacto inicial de su propuesta teórica decreció entre la comunidad politológica. Sin embargo, muchos de los conceptos y categorías sugeridos entonces, como la conocida definición de sistema político como asignación autoritativa de los valores en una sociedad, han ganado carta de naturalidad entre los cultores de la disciplina. ¿Cómo explica usted estos dos derroteros de la teoría sistémica?, ¿qué función ha jugado realmente la teoría sistémica en el desarrollo de la ciencia política contemporánea.

En un artículo reciente me he ocupado precisamente de este tema. En él realizo una suerte de balance crítico de la teoría de sistemas a veinticinco años de haberla propuesto. Bien puedo resumir aquí parte de este análisis.² En primer lugar, es un hecho que muchos de los conceptos de la teoría de sistemas han sido plenamente absorbidos por la ciencia política de la misma manera que ha sucedido en otras esferas del conocimiento. Tal es el caso de las nociones de insumos y productos, retroalimentación, demandas y apoyos, etcétera. En segundo lugar, no obstante que la mayoría de los científicos de la política ya no concentran sus esfuerzos en la construcción de una teoría general de la política, la propuesta de caminar en esa dirección sigue considerándose importante. En mayor o menor medida, todos nosotros nos consideramos teóricos de la política; es decir, si queremos que nuestro trabajo sea considerado seriamente debemos demostrar cierta consistencia teórica, independientemente que dicha teoría sea de alcance medio o reducido: teorías de la elección racional, teoría de juegos, teoría de la legitimidad, etcétera.

La manera en que yo interpreto este proceso, aunque no cuento aún con los datos suficientes para demostrarlo convincentemente, es que existe

¹ D. Easton, *A Framework for Political Analysis*, Englewood, N. J., Prentice-Hall, 1965 (existe traducción al español: Buenos Aires, Amorrortu, 1968).

² D. Easton, "Political Science in the United States. Past and Present", *International Political Science Review*, vol. 6, núm. 1, 1985, pp. 133-155 (existe traducción al español: *Estudios Políticos*, México, tercera época, núm. 11, julio-septiembre de 1992, pp. 83-104).

una suerte de naturaleza cíclica en el desarrollo teórico de toda disciplina científica. Se trata de una suerte de desarrollo pendular marcado en un primer momento por la recopilación de datos de hecho sin mayor elucubración teórica. Pero en este momento la gente se siente defraudada y se pregunta en qué han invertido tanto tiempo los científicos. Es entonces que el péndulo toma otra dirección, y los científicos comienzan a dar sentido a los datos de hecho, es decir, los coloca en una suerte de marco teórico. Pero con el tiempo, las teorías rebasan a los hechos, se vuelven muy abstractas y generales como para representar fielmente la realidad. Surge así una nueva insatisfacción, ahora hacia la teoría, por lo que el péndulo vuelve al punto de partida: debemos recopilar más datos pues nos hemos perdido en la neblina especulativa. Este es precisamente el ritmo que ha marcado los desarrollos de la ciencia política contemporánea. En la actualidad, la disciplina camina en la segunda dirección del péndulo; es decir, muestra como tendencia dominante la mera recopilación y observación de los datos de hecho, y no va más allá de teorías de alcance reducido. Pero siguiendo con la lógica de esta interpretación, no dudo que en el futuro nuestra comunidad científica se sentirá insatisfecha y se preguntará de nueva cuenta hacia dónde vamos desde aquí, cómo llenar de sentido al conjunto de datos obtenidos de la observación, cómo responder a las grandes interrogantes de la realidad política.

La necesidad de caminar hacia una teoría general de la política puede ser obnubilada en ciertos momentos del desarrollo de la ciencia política, pero no cancelada. Incluso en la estación actual del péndulo, los científicos mantienen algún interés en teorías de alcance reducido, mientras que otros seguimos invirtiendo nuestro tiempo hablando de teorías generales. En mi caso personal, he escrito recientemente un libro sobre la noción de estructura política en el que trato de ser consecuente con esta aspiración.³ Mi trabajo de los últimos tiempos sigue ubicándose en el ámbito de la teoría, con particular interés en los componentes estructurales, pero analizados en una perspectiva no estructuralista o deconstructivista de la ciencia política.

³ D. Easton, *The Analysis of Political Structures*, Nueva York, Routledge, 1990.

Para seguir con este punto, usted señaló en un artículo de hace algunos años que el concepto de "sistema político" continuaba siendo el más importante y útil para la investigación empírica.⁴ Sin embargo, en los últimos tiempos podemos apreciar un significativo resurgimiento de perspectivas "neoinstitucionalistas", y con ello del concepto de Estado. ¿Cuál es su opinión al respecto?, ¿considera que el concepto de Estado puede interesar a un número creciente de politólogos en el futuro?

El así llamado neoinstitucionalismo es sólo parcialmente una reflexión sobre el resurgimiento del concepto de Estado. En realidad, autores como March y Olsen parten de una orientación no estatista.⁵ Para ellos el concepto de Estado aparece sólo incidentalmente.

Por otra parte, si bien la ciencia política en los años cincuenta y sesenta era consciente de que todo comportamiento político está moldeado por la estructura política en la que se expresa, se cuidó de no seguir los pasos de la antropología o de la semiótica claramente influidas por los enfoques estructuralistas. A diferencia de estas disciplinas, la ciencia política —y aquí pienso sobre todo en Estados Unidos— no se vio fuertemente influida por el estructuralismo. Es tan sólo en los últimos años que este enfoque ha adquirido alguna repercusión en Estados Unidos, con lo que la idea del Estado ha surgido como un valor importante. Así, mientras que en el periodo comportamentista los científicos de la política eran ignorantes o indiferentes al contexto estructural en el que tenían lugar las conductas, en la actualidad hay una mayor atención al medio ambiente institucional y sobre todo al Estado. En efecto, con la crítica al comportamentismo en la que yo también participé, quedaba al descubierto el reduccionismo e inconsistencia de tal enfoque.

Lo que está pasando en la actualidad, según explico en el artículo que usted cita, es que los politólogos han comenzado a usar la palabra Estado,

⁴ D. Easton, "The Political System Besieged by the State", *Political Theory*, núm. 9, 1981, pp. 303-325.

⁵ J. March y J. Olsen, *Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics*, Nueva York, The Free Press, 1989.

pero sin detenerse mayormente en especificar su significado, que, como sabemos, está lejos de ser preciso o unívoco. Cuando la noción de Estado se emplea en política internacional no existen mayores problemas, pues la palabra se refiere a la acción internacional de diferentes países. Los problemas se presentan cuando empleamos el término Estado localmente o internamente. El Estado aquí no significa el gobierno, pero tampoco algo más que el gobierno. (En el artículo que comento hago un elenco de más de cien definiciones del término.) En consecuencia, a menos de que exista consenso en el significado o de que la gente que lo emplea especifique sin ambigüedad lo que entiende por él, habrá mucha oscuridad en el discurso. El hecho es que muy pocos científicos especifican explícitamente su significado, y cuando uno revisa la literatura especializada advierte sin dificultad que el concepto expresa diferentes cosas.

Es por ello que me inquieta la introducción del término. No me preocupa que el término se emplee, siempre y cuando se especifique el significado con el que es empleado. Incluso pensadores marxistas como Poulantzas utilizaron los dos conceptos, el de Estado y el de sistema político, para dar cuenta de la realidad política.⁶ Mientras que el sistema político era utilizado aquí para denotar de manera comprensiva lo político, es decir, el conjunto de la actividad política, el Estado se refería exclusivamente a lo que para mí no es otra cosa que el “gobierno”.

Se puede estar o no de acuerdo con una clasificación de este tipo, pero al menos así se sabe perfectamente el objeto de la discusión. De hecho, la mayoría de los politólogos rechazaría equiparar al Estado con el gobierno. Incluso Poulantzas fue muy cuidadoso al respecto. Como todo marxista, su tentativa inicial fue tratar de construir una teoría política, una ciencia política. Para ello se avocó, sin mucha fortuna, a desarrollar un significado alternativo del término Estado que fuera más claro para el lector. En mi libro citado sobre la estructura política dedico precisamente cuatro o cinco capítulos a Poulantzas, en los que trato de demostrar que este autor

⁶ N. Poulantzas, *Sobre el Estado capitalista*, Barcelona, Laia, 1974; N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1977.

no sólo introdujo nuevos problemas de reflexión, sino que también realizó importantes contribuciones para entender la estructura política.

Así, aparte de mi preocupación, también soy realista. Es indudable que el término Estado se emplea cada vez más. Después de que escribí mi artículo sobre el sistema político asediado por el Estado, Olsen retomó la idea para escribir un libro sobre los nuevos Estados.⁷ Me alegra que él se esté moviendo en la misma dirección, cuestionando la manera en que el concepto está siendo empleado. En síntesis, no me preocupa el resurgimiento del empleo de la palabra Estado, siempre y cuando su significado sea explicitado con precisión.

Como usted sugiere en su respuesta anterior, una de las características dominantes de la ciencia política actual es el pluralismo teórico y metodológico y la ausencia de un paradigma dominante. Hace algunos años, hubo quien pensara que este pluralismo o "torre de Babel" dentro de la ciencia política podría propiciar una parálisis de la disciplina. ¿Considera usted que este punto de vista sigue siendo pertinente?

Discutí ese tema en mi artículo "Political Science in the United States. Past and Present" y bien podría retomar algunas ideas para responder su pregunta. En primer lugar, creo que es posible explicar la ausencia de un foco central en la ciencia política. En el pasado, antes de la Segunda Guerra Mundial, había un cierto grado de pluralismo, pero no era un gran pluralismo, pues predominaban los enfoques históricos, impresionistas y meramente interpretativos. Por otra parte, se estaba muy lejos de una teoría general, aunque sí existían teorías más o menos acabadas sobre el equilibrio. Yo me topé con esta situación en mi libro de 1950 sobre los sistemas políticos y dediqué un capítulo a una teoría del equilibrio. Sin embargo, no se puede decir que existía entonces un paradigma dominante. Después de 1950, aunque no contábamos con un solo enfoque teórico, sí contábamos con un enfoque metodológico que se conoció como comportamentismo. Esta perspectiva proveía una teoría vaga de naturaleza reduc-

⁷ J. Olsen, *Organized Democracy*, Bergen, Universitetsforlaget, 1983.

cionista, pero que nos permitía entender la manera en que los individuos se comportan. Por otra parte, este enfoque descuidó el hecho de que un conjunto de individuos enojados, al actuar juntos, puede crear estructuras con una gran influencia, lo cual es muy difícil cuando los individuos están disgregados.

En síntesis, el comportamentismo de esos años procedía por deducciones individualistas a la manera de Karl Popper, quien abogaba por el individualismo metodológico. El error radicaba en que no se distinguía entre el todo y las partes, siendo precisamente la distinción lo que hace la diferencia de la manera en que funcionan las instituciones o los sistemas políticos. Dicho en otras palabras, si el todo no es igual a la suma de las partes, entonces no se puede inferir el funcionamiento de las instituciones o de los sistemas políticos del comportamiento de los individuos. Lo cual fue ignorado por el movimiento comportamentista y parece no importar a otros movimientos poscomportamentistas más recientes, como los enfoques de la elección racional.

Después del comportamentismo, diversas razones nos llevaron a muchos de nosotros a ir más allá. Así, por ejemplo, con la guerra de Vietnam, la revolución contracultural en Estados Unidos y otros movimientos culturales, existió un colapso de los paradigmas, por lo que se empezaron a buscar explicaciones sobre las razones por las cuales las cosas cambiaron tan lentamente, no obstante la enorme energía que la gente invirtió en favor de un cambio tanto en Estados Unidos como en muchos otros países. De hecho, muchas de las teorías con las que hoy contamos intentaron en su momento explicar ese fenómeno. Pienso, por ejemplo, en los institucionalistas, quienes sostuvieron que las instituciones son como jaulas de hierro que aprisionan la actividad humana. Los racionalistas, por su parte, aseguraban que no entendíamos las verdaderas bases racionales de la conducta y que por lo tanto no entendíamos lo importante que lo no racional podía ser para el comportamiento. La teoría psicológica, por último, decía que debíamos mirar a la psicología.

Existían pues diferentes tipos de teorías. Frente a la destrucción del viejo paradigma y el reconocimiento de uno nuevo se podía reaccionar de dos maneras: siendo pesimistas u optimistas. Los pesimistas pensarían que

es terrible, que estamos totalmente desorganizados, no sabemos qué hace cada uno pues cada quien corre en diferentes direcciones; un desastre que no sólo nos confronta a nosotros los politólogos sino a todas las ciencias sociales y demás áreas del conocimiento como la literatura y la filosofía. Todas se encuentran en una etapa de deconstrucción. Sin embargo, la deconstrucción es, después de todo, una suerte de llamado, pues se reconoce lo que está pasando. En síntesis, si se es pesimista, lo más fácil es concluir que nos estamos destruyendo, que es el fin.

Contrariamente, si se es optimista, cosa que yo siempre he intentado, puede verse atrás en la historia para observar que han existido otros periodos con características similares y que supieron aprovechar las circunstancias. Si retrocedemos históricamente es posible observar periodos de auténtica desorganización donde la gente experimenta y observa diferentes soluciones. Así, con el tiempo, surge una nueva resolución, una nueva síntesis. De igual forma, yo creo que en la ciencia política o en la literatura o en la filosofía emergerá con el tiempo una nueva solución. Sin embargo, es muy temprano para reconsiderar lo que hicimos o para saber a dónde vamos.

En síntesis, estamos en un periodo de reorganización. Es bueno que exista el pluralismo. Después del conflicto emergerá el sentido. No tengo duda de que existen personas que buscarán un objetivo, en el sentido de una dirección, y que lo encontrarán. Quizá no lo hemos encontrado todavía y tampoco sepamos si será la presente generación la que producirá al filósofo o filósofos del mañana.

Para concluir nos gustaría saber cómo ve usted el futuro de la ciencia política. Más específicamente, ¿qué ha cambiado en la disciplina desde que usted incursionó en ella y qué debe modificarse en la perspectiva de un mejor desarrollo?, ¿cuál es y cuál debe ser el sentido o la utilidad de la ciencia política en relación con la vida política?

Es una pregunta muy difícil, pues implica enormes cuestiones y muchas asunciones que requieren ser explicadas. Pero déjeme ponerlo de una manera muy general. La ciencia política, como la mayoría de las ciencias sociales, no tiene una utilidad inmediata como la tendrían disciplinas co-

mo la medicina. El conocimiento que se tiene en ciencia política es importante aunque éste no alcance un cierto grado de confiabilidad, el cual es necesario si se piensa aplicar a cuestiones específicas. En algunas áreas se requiere confiabilidad absoluta, pero no es el caso de las ciencias sociales donde con frecuencia sólo puede trabajarse con suposiciones o probabilidades. En algunas áreas donde se requiere confiabilidad es más lógico encontrar generalizaciones, teorías acabadas sobre sus materias. En las ciencias sociales es muy difícil contar con generalizaciones o con teorías que hayan alcanzado el grado de confiabilidad que se requiere para utilizarlas en asuntos concretos. Quizá no existan y nos tome muchos años lograrlas. ¿Qué debemos hacer mientras tanto? Las sociedades actuales se encuentran en una etapa muy difícil, con muchos problemas críticos sobre medio ambiente, guerra y paz, armamentismo, etcétera. Sin embargo, parece que nadie es capaz de ofrecer alguna buena idea sobre cómo debería ser un nuevo orden. En ese sentido, lo mejor que podemos hacer los científicos sociales es admitir esta incapacidad, y ofrecer cualquier consejo que tengamos sobre la base de una confiabilidad limitada que debemos admitir maduramente. De esta manera, los políticos, los actores sociales, las instituciones, quizá puedan aceptar nuestro conocimiento sabiendo que deben utilizarlo con cautela, con muy buen juicio y quizá encontrándole algún uso.

En consecuencia, no soy muy entusiasta con respecto a la utilidad práctica del conocimiento que obtenemos en ciencia política más allá de la mera selección de datos. Como usted sabe, los datos significan diferentes cosas para cada quien, por lo que incluso esto debe considerarse con pinzas, muy cuidadosamente.

Pero la mejor manera de responder a su pregunta es diferenciando entre el conocimiento puro, el conocimiento aplicado y el conocimiento práctico. El conocimiento puro es el de las ciencias exactas como la química o la física, el conocimiento aplicado es el de disciplinas como la ingeniería o la medicina; y el conocimiento práctico es el que surge exclusivamente del entendimiento práctico que tenemos o que nos lleva a juicios de sentido común. Para algunos, el conocimiento puro es erudito, el conocimiento aplicado es una ciencia y el conocimiento práctico es un arte. En

el caso de la ciencia política tenemos un gran problema. Tenemos un conocimiento básico, pero somos incapaces de transformarlo en un conocimiento aplicado, por lo que nos conformamos con ser arte. Así en el mejor sentido, el conocimiento de la ciencia política es básicamente arte. Pero he ahí precisamente el dilema, pues ante todo nos pretendemos científicos y aspiramos a un conocimiento puro o aplicado, pero científico.

